

LUCES Y COLORES.

Introducción. Hace poco estuve en un concierto de M-Clan, el grupo murciano de rock and roll, y hubo un momento en el que el cantante, Carlos Tarque, se bajó del escenario, y sin dejar de cantar fue recorriendo entre el público gran parte del campo de fútbol donde fue el concierto. Yo estaba cerca de la mesa del técnico de sonido, y hubo un momento en que caminaba en dirección a donde estábamos el grupo de amigos. Y uno de ellos me dijo: *“habla de esto en una escuelilla, cuenta que este momento es de Encarnación”*. Y la verdad es que sí que tenía ese sabor. El escenario, lleno de luces, de colores, de luminosidad, es el ámbito y el espacio de las estrellas, de los artistas, de los protagonistas. El suelo, el polvo, las multitudes del público, es el espacio de los que nos diluimos en la masa, de los anónimos. Y era sorprendente que la estrella decidiese bajar al terreno del común de los mortales. Y sin medidas de seguridad, cargado de espontaneidad, decidiera compartir con los “mortales”, su arte “divino”. Y la respuesta de la gente era de inmortalizar ese momento, de incredulidad, de hacerse selfies, con el que hace un rato estaba rodeado de focos y de aplausos. Que alguien grande, se fije en nosotros y se acerque, nos hace sentirnos valiosos por un rato. Y si ese alguien grande es Jesús, y nos dice: **“Yo estaré con vosotros, todos los días, hasta el fin del mundo”**. Mt 28, 21 garantiza que nuestra alegría y nuestro valor sean para siempre.

Y eso no nos pasa muy a menudo en nuestra forma de entender a Dios. Le vemos en la dimensión de lo eterno, de la “gloria”, de la “eternidad”, viviendo la “Ascensión” a los cielos, y nosotros seguimos en lo profano, en la dureza de lo real. En el día a día, en los horarios de trabajo, turnos, rutinas, ritmos, que de vez en cuando nos permiten ciertos espacios de ocio. Que dedicamos a admirar estrellas del mundo de la música, del deporte, o del cine. Pero la diferencia está clara. Ellos, y nosotros. Los que triunfan, y los que vivimos la aceptación lo más dichosa posible de las circunstancias que nos habitan. La diferencia entre los divinos, y los profanos se deja clara y diáfana.

Lo que Dios nos dice. “Tened los mismos sentimientos del Mesías Jesús, el cual, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de ser igual a Dios; sino que se vació de sí y tomó la condición de esclavo, haciéndose semejante a los hombres. Y mostrándose en figura humana se humilló, se hizo obediente hasta la muerte, una muerte en cruz. Por eso Dios lo exaltó y le concedió un nombre superior a todo nombre, para que, ante el nombre de Jesús, toda rodilla se doble, en el cielo, la tierra y el abismo; y toda lengua confiese para gloria de Dios Padre: ¡Jesucristo es Señor!” Filp 2,5-11.

La opción de Jesús fue la de renunciar a su lugar privilegiado en el cielo, y ser capaz de compartir lo que significa en verdad la condición humana. Humanidad que sabe a fragilidad, a llanto de bebé asustado tras un parto. Humanidad que sabe a anciano desconcertado, que mira con atención a quien le pueda acompañar. Humanidad que se esfuerza por disimular su profunda pobreza. Que se envuelve en preciosos maquillajes, y envoltorios de diseño, pero que es incapaz de dar respuesta a los misterios más fundamentales de una vida, como es el misterio de la muerte, del amor, de la vocación, del sufrimiento. Humanidad que se acerca confiada esperando de los demás respuestas, y se descubre que no las encuentra.

Eso fue la decisión de Jesús, dejar su condición divina, y acoger la condición de profundo desvalimiento y necesidad, para que a base de amor se sienta libre y salvada. Porque a la humanidad, envuelta en miedos, lo único que la calma es la cercanía de una presencia que le grite: “No temas, yo estoy contigo”.

“El amor llegará en nosotros a su perfección si somos en el mundo lo que él fue y esperamos confiados el día del juicio. En el amor no cabe el temor, antes bien, el amor desaloja el temor. Pues el temor se refiere al castigo, y quien teme no ha alcanzado un amor perfecto. Nosotros amamos porque él nos amó primero.” 1ª Jn 4,17-19.

Detrás del hecho de hacerse hombre, como detrás de todos los encuentros con el resucitado lo que hay es la intención de Jesús de decirnos lo valiosos que somos para Dios. El deseo de que vivamos con la dignidad de hijos suyos. Lo somos. Y es la ignorancia existencial del valor de nuestra vida lo que nos hace vivir llenos de miedos y de temores. Mendigamos valoraciones, mercadeamos afectos, suplicamos que alguien nos quiera, cuando nuestro nombre ya está escrito en el corazón de Dios desde toda la eternidad. Por eso el envío misionero de Jesús es su llamada a colaborar con Él en esta maravillosa misión. Gritarle al corazón de cada persona lo valiosa que es, la dignidad tan grande de la que es portadora.

“Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios: hablad al corazón de Jerusalén, gritadle que se ha cumplido su servicio y está pagado su crimen, pues de la mano del Señor ha recibido doble castigo por sus pecados. Una voz grita: En el desierto preparad un camino al Señor; allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios; que los valles se levanten, que montes y colinas se abajen, que lo torcido se enderece y lo escabroso se nivele; y se revelará la gloria del Señor y la verán todos los hombres juntos –ha hablado la boca del Señor–”. Is 40,1-5.

Cómo podemos vivirlo. Que se acerque a nuestra vida el que es capaz de cambiar nuestra vida en blanco y negro, y nos la devuelva en color, no tiene precio. Que el vocalista de un famoso grupo de música se acerque a nosotros y nos regale su cercanía es capaz de elevar nuestra alegría a cotas altas. Pero que el Señor todopoderoso y todo cariñoso nos llame por nuestro nombre, y nos pida que le ayudemos a compartir buenas noticias a nuestros hermanos es una razón más que suficiente para estar agradecidos. Cuanta misericordia, cuanta confianza se esconde detrás de su llamada. Que nos considere dignos de llevar a cabo este ministerio de la reconciliación nos tiene que sorprender diariamente. Que nuestras vidas sencillas no escondan el gran tesoro del que somos portadores.